

NUDISTA
ANTOLOGÍA PERSONAL

Jorge Valdés Díaz-Vélez

NUDISTA

DIRECTORIO

Lic. Rubén Moreira Valdez

GOBERNADOR DEL ESTADO DE COAHUILA DE ZARAGOZA

Lic. Ana Sofía García Camil

SECRETARIA DE CULTURA DE COAHUILA

Lic. Carlos Flores Revuelta

DIRECTOR DE ACTIVIDADES ARTÍSTICAS Y CULTURALES

Lic. Miguel Gaona Hernández

COORDINADOR EDITORIAL

ENCUENTRO
INTERNACIONAL
DE *Poesía*
Manuel
ACUÑA

© Jorge Valdés Díaz-Vélez

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza

© Secretaría de Cultura de Coahuila

Edición y diseño: Miguel Gaona / Estefanía Nicté Estrada

ISBN: 978-607-9158-63-7

Saltillo, 2014

NUDISTA

NOTA INTRODUCTORIA

La poesía de Jorge Valdés Díaz-Vélez tiene la forma de una canción violenta e irregular. Los primeros textos de esta antología se nos muestran con una serenidad y una delicadeza de formas que, sin embargo, no logran ocultar la desazón que les ha dado origen. La poesía en prosa –podría decirse: el clímax de este libro– tienen una fuerza avasallante, una ordenada violencia para referirse a la belleza de una silueta móvil, de un cuerpo desnudo de esperanzas, de un deseo imaginado e insatisfecho.

El trabajo de este autor en el ámbito de la danza contemporánea y en el teatro lo ha mantenido, para algunos de sus lectores, fuera de registro en el terreno de las letras. Su obra se encuentra semioculta (no ha presentado un libro en Coahuila desde hace 9 años), pero latente, presta a sacar sus fauces y morder a los lectores que se acercan.

In Extremis es, en esencia, la reunión de poemas que no han sido publicados en ninguno de sus libros. Aparecidos en revistas, periódicos y otros medios, estos 35 poemas llegan a nuestras manos como una obra consolidada y, al mismo tiempo, casi desconocida; han recorrido su camino hacia la madurez y han dialogado con su autor lo suficiente como para presentarse al público como una muestra íntegra y representativa de su trabajo.

I: UNO

NADIE

Volví a Ítaca, a sus médanos
de bruma evanescente, al sol
que la traspasa y a las calles
que mi memoria soñó hermosas.
Degusté el sexo de los higos,
la pulpa de un dátil, el cálido
resplandecer de la aceituna.
Fui un extranjero entre los míos.
Nadie advirtió que tras la máscara
tallada por la espuma, iba
yo, el heroico (ese mendigo
sin sombra que salió una noche
de lágrimas al mar) Ulises,
el pródigo en historias vuelto
del más allá de su leyenda.
Antes que el alba, regresé
a la costa y enfilé al sur.
No reconoceré los muelles
a donde vaya mi delirio.
Sólo sabré que estuve en Ítaca
para reinar sobre mi espectro.

TE QUEDASTE

Reluciente, con la mirada
puesta en los altos ideales
de una primera juventud,
en el anuario, al fondo, atrás
de la Enciclopedia Británica
y los cuadernos con poemas
de amor oscuro que enmohecen
junto a medallas y trofeos,
al final de la estantería
tocando el cielo raso, allá
entre las páginas dobladas
por las esquinas de tu nombre,
encima de los soldaditos
de plomo, sobre un álbum donde
tímidas manos recortaron
los perfiles de tu nobleza,
debajo del polvo, debajo
del agua inmóvil de los atlas
donde jamás habrás de hallarme.

PARQUE MÉXICO

Un dulce olor a primavera
entró al crepúsculo sin sombras.
Cuerpos de joven insolencia
van abrazados a otros cuerpos
debajo de las jacarandas.
Han empezado a florecer
antes de tiempo. Morirán
también sus pétalos muy pronto,
memoria en ruinas del verano
su sangre aún por reinventarse.
Pero hoy me muestran su belleza
con certidumbre, la esperanza
del resplandor violáceo y tenue
de su fugacidad perpetua.
Se adelantó la primavera.
Llegó de súbito su aroma
como la luna entre las ramas
y este dolor al fin del día.

LOS SONÁMBULOS

*Y, cuando duermen,
sueñan no con los
ángeles sino con los mortales.*

Xavier Villaurrutia

Se despertó al oír un ruido
a sus espaldas, un murmullo
de frondas embozado. Abrió
los ojos y rozó en silencio
sus brazos recogidos entre
la nervadura de la sábana.
Qué sucede, por qué no duermes
—le preguntó mientras el alba
ya era otra forma en los espejos.
Me soñaba contigo— dijo
sin mirarle. Y se dio la vuelta,
cerró los párpados del sueño
para buscar la piel que huía
desde sus yemas, luz adentro.

LOS PROSCRITOS

Lo más original no fue el pecado
ni la ira de Dios, ni la serpiente,
sino aquella oración que se dijeron
al salir al exilio, temblorosos
con el sexo cubierto por vergüenza:
“amor, no soy de ti sino el principio”.

ENTRE PARÉNTESIS

En la luz que custodia secretas alegrías
del tiempo de los niños. Debajo de los últimos
frontispicios de Baalbek o Menorca. En la brisa
de un balcón entreabierto a la fresca inocencia
de la yedra o el círculo virtuoso de una fuente.
Olvidados de sí, del mundo aparte, acaso
con unas cuantas páginas de sílabas en llamas
que agiten su ebriedad igual que un himno. Al sur
o al norte, en algún mapa jamás desenterrado
de las ruinas cubiertas de azules frisos griegos.
La cerveza bruñida contra el calor, desnudos
como yemas del árbol que crece en las laderas
del júbilo. En abril o en verano, sin más
porvenir que no sea la piel de un día encendido
con pájaros. A orillas de un beso. En otra tierra.
En otra vida. Todos quisiéramos estar
en un lugar distinto, distante, sin vestigios
ni agónicas memorias de la melancolía
o el tedio que destila con odio su ponzoña.

FORMAS MIGRATORIAS

Aprendimos a amar a cuentagotas
esas pequeñas pausas que el chubasco
viste para inundar puertas afuera
la soledad, la rama entre violeta
y ocre de las tardes, el murmullo
semántico del cielo. En este orden
hemos desdibujado la distancia,
la longitud sin proporción, las líneas
que relacionan a las cosas. Breves
lagunas de aire, esos segundos queiebran
el ambiguo concepto de equilibrio
que en el agua subyace y se sostiene
al igual que otra voz dentro del fuego.
Cuando escampa y la tarde se armoniza
en su limpia explosión de veladuras,
aprendemos los mínimos rumores
donde irrumpen cenizas desmemorias.
Con ellos construimos este cuarto
que está lleno de música y de vítreos
aromas de jazmín o extranjería.
Nociones y raigambres que se agolpan
y edifican un óvalo sonoro,

un punto de llegada, otro pretexto
condenado a palpar nuestra garganta
para oírnos decir: amo esta lluvia
cuando cesa y podemos escucharla
recoger un país bajo la tierra.

MATERIA DEL RELÁMPAGO

Calculaste al detalle cada paso,
sutil, desde hace siglos. Finalmente
tu esposo está de viaje y tus pequeñas
se fueron a dormir con sus abuelos.
Así que ahora estás sola y con euforia
te has vuelto a maquillar y te has vestido
de negro riguroso y perfumado
tu mínima porción de lencería.
Estás temblando, te dices, pero nada
te hará volver atrás. Miras tu imagen
alzada en los tacones, desafiante.
Tú y la noche son jóvenes y hermosas
como una tempestad que se aproxima.

ALFAMA

Atraviesa el amor, o lo que sea,
el mapa desdoblado ante los ojos
de la chica que aprieta en su bolsillo
una llave. Pasa el tráfico lento
y el espejo fugaz de la garúa;
cae desolación desde las nubes
encima de sus hombros y el destello
de su ajorca. Sujeta con firmeza
el tesoro metálico, aligera
el ritmo apresurado de sus pasos
sin mirar hacia atrás. La cerradura
queda lejos aún de su impermeable.
La puerta que ha de abrir tendrá el relámpago
de la pieza dentada entre sus yemas
y el secreto interior de la llovizna.
Afuera quedarán Lisboa y sus eléctricos,
los cálidos aromas del óxido del Tajo
corriendo inalcanzable hacia los puentes.

EL DESASTRE

El ángel de pasión dejó tu casa
con un desorden tal que no sabías
por dónde comenzar: copas vacías,
ceniza por doquier. Y su amenaza

rotunda de carmín: “En la terraza
te aguardo. Un beso. Adiós”. Tú conocías
la forma de cumplir sus profecías.

Temblaste al recordar: “Todo lo arrasa

un ángel si al partir te sobrevuela”.

Te diste apresurado a la tarea
de hacerla remontar por tu memoria,
sus manos en tu piel, su duermevela.

Pensaste: “Si es amor, pues que así sea”
y fuiste a abrir la puerta giratoria.

SUNSET DRIVE SUITE

De las pocas mujeres que amé, ninguna tuvo tatuado el nombre al aire, o el brillo de una alhaja pendiente del ombligo ni de un labio. Eran tiempos lacónicos entonces. No había rosas rojas al sur de alguna espalda, ni brazos con espinas y cóccix estampados con negros ideogramas, ni ángeles ocultos y terribles dragones en un pubis de trigo dorado por el sol. Las mujeres tenían cierto aire de tragedia romántica del siglo de los *yuppies*. Estaban al acecho de todo posible candidato a ser El buen partido, un hombre de negocios con éxito y futuro, e ilustres apellidos para dar a tres hijos pesados y a una hija que tuviera el encanto y la gracia de su madre. No llevaban tatuajes visibles, ni lucieron un *piercing* de orgulloso y pulsante desafío. Sus marcas eran otras, más hondos los estigmas grabados en sus médulas con agujas violentas y tintas minerales que no fueron capaces de quitar con la pócima amarga de la vida.

Era tiempo bruñido en azúcares de plomo
el que lastraron. Ellas buscaban imposibles
amores cristalinos en barras de caoba,
en salones del tedio o abajo de las sábanas
en tránsito hacia el día, igual que las muchachas
que muestran sus diseños al viento que destrozan
sus pasos de pantera, y miran con el ímpetu
tribal de su artificio los ojos inyectados
de príncipes efímeros. Las mujeres que amé
se aherrajaron con otros, inscribieron alianzas
en sus dedos nupciales, y tatuaron sus almas
detrás de unos postigos con lentas hipotecas
de un sueño que agoniza en alcázares en vela.
En su piel hay dibujos de la máscara *Revlon*
antiarrugas, de pobres resultados y ricas
fragancias de algo tenue y etéreo, humo de orquídeas,
vapores de borgoña, gotas de girasol
que dejan al salir del cautiverio.

POLAROID

Son siete contra el muro, de pie, y uno sentado.
Apenas si conservan los rasgos desleídos
por los años. Las caras resisten su desgaste,
aunque ya no posean los nítidos colores
que ayer las distinguieron. Entre libros y copas,
las miradas sonrientes, las manos enlazadas
celebrando la vida de plata y gelatina
se borran en el sepia de su joven promesa.
Por detrás de la foto están escritos la fecha,
los nombres y el lugar de aquel encuentro. Fuimos
a presentar el libro de uno de los amigos
que aparece en la *polaroid* viendo hacia el vacío.
Después se hizo la fiesta y más tarde el accidente
nos llevó al cementerio. Dijimos en voz alta
sus poemas. Los siete contra el muro, de pie,
uno leía. Todos aún lo recordamos
y casi por costumbre le voy a visitar
con girasoles. Todos hemos envejecido
menos él, ahí en la vista fija. Nos mira
desde sus 20 años, que son los de su ausencia,

con ojos infinitos de frente hacia la cámara,
llevándose un verano tras otro, aunque comience
a degradar su tono naranja sobre el duro
cartón de la fotografía.

NEGRO SOL

—et mon luth constellé
Porte le soleil noir de la Mélancolie.
Gérard de Nerval

Nadie nos dijo que sería
fácil andar sobre esta tierra,
que los senderos a la muerte
son un atajo hacia su cúspide,
o que el dolor del alma hiere
las soledades que nos restan.
No hubo advertencia en los antiguos
nombres de la melancolía.
No eran presagio: “bilis negra”,
“tristeza sin raíces”, “duelo
frente a una pérdida intangible”.
Pesa la tarde en el sentido
de su cancelación. El nuestro
nos lo ha enseñado un sol más duro
y hemos tenido que aprender
a caminar con él a cuestas.

PRO NOBIS

De nuevo abrió sus fauces calientes el Averno.
Vienen las pesadillas y el terror a morir
si el sueño al invadirlo se vuelve flama negra,
si al dormir se lo llevan a él, al lujurioso
lagar de los demonios. El niño enmudecido
contempla su silueta y llora. En la oscuridad
de su cama se sabe maligno si no reza
y no implora el perdón del Espíritu Santo
por los remordimientos que atiza el mismo Diabolo.
Por todos sus pecados pide misericordia
y dice sus oraciones, otra vez y otra,
rogando por su alma enlodada y por la indigna
vecina de su calle que besa sus pestañas
cada vez que le mira; por su prima Rebeca
con quince años cumplidos a orillas de unos pechos
de miel y de serpiente; por su hermana, que guarda
revistas de *pin-ups* al fondo de su armario;
por las chicas del aula olorosas a jazmín
y a densa primavera, por todas las actrices
que torturan su espíritu la tarde de los sábados
después del catecismo. Por su culpa grandísima,
tan sólo por su culpa dice perdón mil veces,

hasta que llega el sueño narcótico y se pierde
en esos espejismos que vive en carne propia
y en nombre del Amor que hirió al jurar en vano.

TV PPV

En el primer canal pasan imágenes
del pánico: masacran un poblado
y hacen lodo la carne de sus niños;
en el siguiente, un cónclave de insignes
periodistas de moda y un famoso
perdedor se disputan la exclusiva;
bandadas de rapiña en el tercero
comen frente a la cámara; en el cuarto
transmiten las exequias de un autócrata,
As Time Goes By suena en el quinto mientras
un vago personaje en blanco y negro
repite su canción emponzoñada.
En el número seis, tres narradores.
En el siete se anuncian las muñecas
de plástico más caras del mercado.
No hay señal en el ocho. El infinito.

Sólo cae la nieve al estertor
de un mundo que se apaga sin botones.

II: DOS

SAINT-MICHEL

Hay una niebla que nos borra

Giuseppe Ungaretti

En la niebla
vestigios de luz,
reductos de barandas,
el seco relámpago de un árbol.

Esparce el invierno sus cenizas
y en la sombra naufragan
quienes buscan ríos de infancia
y lejanías.

Un tren regresa o parte,
inventa un túnel,
se interna en laberintos.

La transparencia de tus ojos
permanece.

IT'S ALL IN THE GAME

Un piano entre la aurora
y el frío me regala
sus arpegios colmados
de memoria. Conozco
esa canción que llega
tan cerca, tan distante
de algún pasado en ruinas.
La oí, pero ¿hace cuánto,
o en dónde, por primera
vez? ¿Tocaba Keith Jarrett?
¿Acaso ardía el mar
bajo su desnudez?
¿También caía nieve
sobre mi corazón?
Cada nota en el aire
correspondiente, cada
marfil armonizando
con el alba. Llovizna
esa sonoridad
mientras lo envuelve todo
la música de un pájaro
perdido, aquí en el pecho.

ISHMAR

La manera de peinar-te desnuda
ante el espejo húmedo del baño,
de apresar en la palma tu cabello
para escurrir el agua y agacharte
en medio de palabras que no entiendo;
el acto de secar tu piel, la forma
de sentir con las yemas una arruga
que ayer no estaba, o de pasar la toalla
por la pátina oscura de tu pubis;
el modo de mirarte a ti contigo
tan cerca y tan lejana, concentrada
en una intimidad que a mí me excluye,
son gestos cotidianos de sorpresa,
ritos que desconozco al observar
las mismas ceremonias que renuevas
al calor de tu cuerpo y que dividen
un segundo en partículas: espacios
donde la vida expresa su sentido
posible y que se afirman al peinar-te
desnuda en las mañanas, como un fruto
que yo contemplo por primera vez.

DE FLOR ABIERTA

*

*Con flamas negras
ha encendido tu pubis
la oscuridad.*

*

*Abrió la noche
de par sin paz las manos
de su deseo.*

*

*Tu cuerpo, el hambre,
la intensidad, el vivo
deslumbramiento.*

*

*Busca mi lengua
la sílaba escondida
bajo tu sexo.*

*

La luna eréctil
se abrió paso en el surco.
Trae tu alegría.

*

Dame tu boca,
pronuncia el corazón
golpe tras golpe.

*

Las nubes hunden
sus dedos en tu espejo.
Relampagueas.

*

Negro es el beso,
hermético el temblor
blanco del día.

*

La eternidad
sólo dura en el tiempo
de nuestro abrazo.

*

Punto de fuga,
en el centro de ti,
la flor, no el día.

ROSA NÁUTICA

Abro tu sexo, enmudecido
hiendo el dulzor que se incorpora
en suave punta roma. Nuestro
silencio a tientas lo rodea,
lo vuelve único en la bóveda
de su vocablo y tu blandura.
Desde muy lejos tú me miras
al contemplarte y algo dices
tras las columnas de tus piernas
abatidas. Fuera de ti
no hay otro tímido temblor
de gota en vilo. Un leve roce
mueve tus labios: luz eréctil
que parte en dos lo que define
mi lengua, el óvalo verbal
que beberás de mí en tus besos.

NATURALEZAS VIVAS

Duermes. La noche está contigo,
la noche hermosa igual a un cuerpo
abierto a su felicidad.

Tu calidez entre las sábanas
es una flor difusa. Fluyes
hacia un jardín desconocido.

Y, por un instante, pareces
luchar contra el ángel del sueño.

Te nombro en el abrazo y vuelves
la espalda. Tu cabello ignora
que la caricia del relámpago
muda su ondulación. Escucha,
está lloviendo en la tristeza
del mundo y sobre la amargura
del ruiseñor. No abras los ojos.
Hemos tocado el fin del día.

SUHAD

De pronto, en la hora alta, cae un rayo
que raja la penumbra y dos instantes
después, el latigazo del estruendo
estalla en el cristal. Tiemblan mis manos
en el libro que leía. Otra vez
me estremezco, debió caer muy cerca
de aquí para encender mi sobresalto.

Oigo el rumor del trueno al diluirse
y un cerrar de ventanas en el piso
superior de mi vecina. La calma
se aposenta de nuevo entre las cosas
y el silencio. Retomo la lectura
de Ibn Arabi: "...cuando las moradas
del amor y el temor están cercanas...".

El eco del relámpago da tumbos
y asciende a reventar contra el espacio.

CANCIÓN DE FEBRERO

sobre el pecho del cielo, palpitando

Jaime Gil de Biedma

Leve y triste la tarde se retira
contigo hacia el crepúsculo y las horas
empiezan a doler en los distantes
repliegues de la sábana. De pronto
la noche ha regresado y es difícil
no pensar en tu boca momentánea
o en las altas comarcas de tu cuerpo
en lienzos de algodón por alabanza.
Ahora que no estás, vuelvo a mirar
el rayo que dividen tus pestañas
y el estremecimiento de tu espalda
moldeándome los brazos, la sonrisa
de tu sexo en los vértigos del labio,
el instante fluvial de tu alegría.
A lo lejos respira el mar, asciende
la blanda superficie a su clausura
bajo un raso de líquidos vitrales.
La noche sin tu piel crece más honda
por las calles donde asperjas la lluvia.
En silencio te diluyes, muchacha,
con las últimas brasas que se apagan
contra el pecho del cielo, palpitando.

LAS FLORES DEL MALL

Las jóvenes diosas, nocturnas
apariciones (ropa oscura,
plata quemando sus ombligos)
en la cadencia de la pista,
comenzarán a despintarse
con la premura de los años,
los problemas, quizá los hijos
que no tienen aún. Ahora
miran tus ojos con un claro
desprecio (ya tienes cuarenta)
y piensas en ciertas palabras
de Baudelaire que les darías
como si fueran frutas tuyas
(si al menos se acercaran), si
supieran quién es el poeta.
Pero ellas danzan, te rodean
sin importarles lo que callas.
Envejeciendo solas, brincan
sobre tus textos (tan perpetuas
y frágiles), deidades nuevas,
ellas, que bailan retiradas
de tu florero de Lladró.

AQUEL AHORA

Las posibilidades de volverte a encontrar eran remotas. Una entre un billón. Y habiendo infinitos lugares dispersos por los números de un cálculo improbable, quién imaginaría que te iba a ver en esa cantina, transformándote en luz de aquel entonces feliz, o eso quisieron creer años atrás aquellos dos que fuimos.

Estabas allí, tú de pronto y sin aviso previo, con una tímida sonrisa, recargada en el hombro de un tipo de aspecto deleznable que podría haber sido yo. No reconociste mi rostro entre la gente del bar. Aunque tal vez, supongo, pretendías saber adónde y cuándo miraste mis facciones, en qué sitio más joven hiciste un alto, bajo qué extrañas circunstancias coincidiste con alguien que se me parecía de lejos. Pero no recordaste, si acaso lo intentabas, a quien le prometiste un sueño que no ibas a cumplir, cuando nos despedimos tras una ventanilla. De vuelta en este ahora, tu cara era la misma donde vi el resplandor

del ángelus y el tacto de un crepúsculo gris
y hermético. Llevabas rubor en las mejillas
y el cabello más negro que alguna vez tocaron
mis manos por el valle lunar de tu cintura.

La bienaventuranza fue nuestra compañera
de viaje a las estrellas tan próximas al hambre
de nuestros corazones y su dolor difuso.
Era la edad del bronce pulido de tus pechos.
Las noches fueron lentas palabras inaudibles
del mundo que brotaba sin encajes. Bebíamos
la vida entre los versos de una poeta árabe
y bailaba desnuda la luz en la terraza.

Tú entonces te encendías y el viento iba contigo
por algún callejón a sórdidas tabernas,
levantando tu falda minúscula, mostrándome
las rutas que de súbito me alzaban al misterio.
Sin duda eras feliz de forma ingobernable.
También lo fui. Lo fuimos. Te dije, lo recuerdo
como si fuera ayer, que un dios haría suyos
los rasgos de tu nombre y el vino tu sabor
de almendra y paraíso. Sigues igual, incluso
me has parecido más hermosa, quizá menos
alegre que la imagen que de ti conservé
todo este tiempo en vano. Detrás de tu mirada

no encontré el resplandor de aquella chica insomne,
sino una palidez ceniza de rescoldos
que aún parecen guardar el vértigo del fuego.
No puedo asegurarlo. Y ya tan poco importa.

BOLERO DEL JARDÍN DE LAS DELICIAS

Era un jardín cerrado. Entre las palmas
era la rosa en llamas de la tarde
y era fresca su piel allí encendida,
un brote apezonado por los labios
de la hora indecisa. Ella reía
y lloraba el amor contra mi boca.
Qué adolescencia la nuestra, qué áspera
sensación de pecado. Fue un infierno
el cielo que se abrió para nosotros
y el odio de su padre al enterarse.

LA OTRA ROSA

Ella besó en la rosa
(su nombre fue una espina
brutal y femenina)
la imagen de otra rosa

grabada en una losa
de mármol, cristalina.
La luz era más fina
y al tacto, tan hermosa

como la flor que ardía
sin pausa en su memoria.
En otro mediodía,

la rosa era ilusoria
promesa compartida;
y el beso, la otra vida.

NUDA VERITAS

Entra en la habitación la luz descalza
y el olor del café se desparrama
por el aire de junio. Hasta la cama
sube su desnudez. Todo la ensalza:
la música instantánea y femenina
que llega de un paraje indefinido,
la forma que en el fondo han diluido
sus párpados brillantes, la marina
cadencia del amor dentro del sueño
líquido inaugural de la mañana.
Respiro la quietud en movimiento,
palpo esta paz insólita, me adueño
de otra serenidad. Por un momento
bebo en mi corazón su sed humana.

PLAYA NUDISTA

Los ojos del ahogado. El horizonte
despeja su errancia y plenitud. Vibran
en el fondo las últimas imágenes
del miedo, y el coral de los abismos
bajo el agua devuelve su reflejo.
Aún en su retina se mantienen
el color de un cardumen de ballestas,
la calidez del aire y la muchacha
que atónita se asoma sin tocarlo.
Atrás limita el cielo con la curva
de luz, la arena opaca, el mediodía
donde un plexo solar sin movimiento.

DESIERTO ADENTRO

Recordarás el mar, el alba siempre
gris de sus espumas, aquel hipnótico
fulgor en la resaca. Has de olvidar
tus pasos por los círculos del agua
donde no asomará tu rostro niño,
ni el de aquella muchacha en una tarde
cerrada en su memoria. Sin saberlo,
sabrás que el mar oxida lo que toca
y que sólo conoces de la arena
vestigios de su lenta retirada.

No emergerá la sal pegada al cuerpo
con la fresca sonrisa de otros días,
o el pensarte tan frágil, a merced
del vago firmamento del oleaje.

Encima de tus párpados, la noche
será un aullido más de la jauría.

III:TRES

ALGUNOS SE DESPIDEN BAJO UN ÁRBOL

Hoy dejé la ciudad mientras dormía.
Sé que no he de volver, y ella lo sabe.
Tal vez, pasado el tiempo, todo acabe
por ser tan sólo el sueño en donde huía

la sombra vertical de un mediodía
cuya imagen conservo como un grave
ciprés que va a caer. Giré la llave
y entonces comenzó la lejanía

y un ámbito de luz prendió el reflejo
del árbol inclinándose a la tierra.
Otro ya en mi lugar lleva el idioma.

Otro toma el avión en que me alejo,
y otro más la ciudad donde alguien cierra
un portón de metal que se desploma.

CUANDO AMANECE

Las primeras palabras del poema
las escribe la muerte, y enseguida
se adueñan de la página. Nos besan
las mejillas, los ojos, desplegando
su invisible poder sobre las cosas.

Una imagen oculta en la memoria
el párrafo inicial: “Cuando amanece
oigo a un niño que llora sin remedio
en una habitación desconocida”.

Se apaga el cielo falso, nos encienden
en silencio una lámpara. En el pecho
hay un sudor de fiebre. Alguien murmura
las últimas palabras: “Ya nos vamos”.

GINEBRA, VERANO DE 1986

(Mínimo homenaje a J. L. B.)

Un hombre se dirige al sur y espera
escuchar un silbato. Hunde los puños
en la tibia extensión de sus bolsillos:
un llavero de zinc, varias monedas
echadas al azar; dentro de un sobre
la efigie de una dárseña y dos caras
difusas tras un vidrio. Una es la suya.
La otra es del que aguarda un tren. Al fondo
resplandece un fanal entre la bruma
(Edipo y los enigmas: Buenos Aires,
espadas, laberinto, Islandia, espejos)
y el hombre del andén. Sin él se pierde
el último esplendor. Se abre una puerta.
El hombre que la empuja es uno y otro
quien traspasa la luz bañado en sombra.

LÍNEA DE FLOTACIÓN

Sentir la vida,
respirar el aroma
de sus latidos.

Ver a Pessoa
conversar por las voces
de unos y otros.

Hablar a señas
con un dedo de anís,
tocar su espectro.

Oír la música,
las risas, el romper
del hielo hundido.

Pensar el tiempo
que pudo ser posible
polifonía.

RÍO ARRIBA

Fuera de foco
se aproxima la luz,
parte una sombra.

Sólo segundos
sobre el vitral ahumado
la lluvia dura.

Guarda en los ojos
la noche navegable
sin puerto fijo.

Haces memoria
del odio, del amor
embarcadero.

Tú, con un vaso
medio lleno, te ahogas
en tierra firme.

ESCORZO

Ágil degradación del amarillo
al ocre, y de naranjas al castaño
reseco de un fulgor: comienza el año
su andadura invernal tras el castillo

levantado en el aire ya sin brillo
ni peso que sostenga su tamaño.
Tierra y tiempo final, débil estaño
que desune o amarra lo sencillo

de un manojo de hierbas oxidadas
al pie de su hermandad. Torres aladas,
piedra en elevación, líneas fugaces

del tren hacia la estepa: simetría
de un sepia que clausuran pertinaces
restos de una frialdad que no fue mía.

CUARTOS VACÍOS

Algo en la intimidad de las alcobas
guarda la emanación de lo que fueron
y son lo que ellas mismas contuvieron:
el hambre de una piel y las caobas

texturas de su voz, el paso aleve
del insomnio, las risas, el fracaso
que asumen los relojes del ocaso,
la cómplice embriaguez del sueño breve,

el olor de una noche y de la tierra
desierta en su lugar: cielos vacíos
y bocas que buscaron ser mordidas

por el aire que asfixia nuestras vidas.
Hieren la soledad cuando se cierra
la puerta y sólo están sus muros fríos.

XOCHIQUETZAL

(Homenaje a Chuang Tzu)

Anoche te soñé. Llevabas una
gabardina de piel, y abajo nada.
Era otoño y estabas empapada
de lluvia; caminabas en alguna

estación de Madrid, hacia ninguna
parte. Detenías tus pasos, cada
tanto, para sentir azafranada
tu piel resplandecer ante la luna

de un espejo invisible donde había
un hombre que soñaba una mujer,
y una mujer semidesnuda, hermosa,

mojada en el orvallo. Todavía
me parece mirarte sostener
la mirada de aquella mariposa.

EL FOTÓGRAFO Y LA MODELO

El tiempo que fue siempre tu enemigo
se detuvo en tu imagen. Ya eres esa
chica de calendario, la princesa
sin fábulas, el ángel que consigo

colgar de cualquier nube. De oro y trigo
la luz ensortijada en tu cabeza,
la arena que se acaba en donde empieza
la línea de tu sexo. Estás conmigo

y no tienes tristezas ni pesares
ni citas por cumplir. Sólo reposas
inmóvil en el cuadro, entre palmeras
de plástico y heladas mariposas

robadas del *Cantar de los cantares*.

No sabes que no has muerto. Si supieras.

DIE KOBALTE ENGEL

Le apodan Marlene Dietrich por el acto
estelar de la noche que domina
tras el nácar de lánguidos plumajes
en un sitio cercano. A veces viene,
Lola Lola desde El Ángel Azul,
a beber un martini en sus descansos;
balancea la copa entre sus dedos
revestidos en raso, y se sonríe
con aquel que le invite a la bebida.
No le gusta el lugar donde trabaja,
pero ayuda a pagar caprichos caros,
las estolas de plástico, el colegio
de los niños y el seguro del auto
de su esposa —su manager y fan
número uno. Ella cuida a Marlene,
elige su vestuario y le maquilla
el alma cuando sale a dar función
o cuando vuelve, exhausta por la luz,
a reinar a los pies de su deseo.
Se parece a Marlene, pero no sabe
bailar como ella baila al son de un mambo
ni conoce el puñal de su desprecio.

Administra su amor

y eso le basta.

S. T. T. L.

SIT TIBI TERRA LEVIS

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa

Octavio Paz

De todos nuestros muertos jamás olvidaremos al primero. Habita en la raíz del otoño, debajo de los álamos, el mío. Su memoria me ofrece un arrayán al tiempo que se inclina con los brazos abiertos de otros días. Recuerdo su estatura en penumbras a punto de apartarse del espejo, su rostro velado, el abalorio de las tercas lecciones de algún piano. Cruzó la línea que reúne la vida con la muerte una tarde sin sol. Su cuerpo era la ausencia presente, lo nombrado sin nombrar. Era el muerto primero en estar muerto de súbito, y por siempre habrá de serlo. El niño que fui entonces ahora lo distingue sentado en un alféizar. Veíamos un barco en la pureza impasible de las nubes, y diásporas de hormigas en los *lieder* de Schubert; y me hablaba de Stevenson o Melville, del trayecto que quiso hacer de joven al fin de la nostalgia que se alzaba en su voz cuando cantaba. Hizo

aquel único viaje aquella tarde. Hasta entonces
nunca me había asomado a los ojos de un muerto,
al eco inmóvil de dos diáfanos aljibes,
ni al llanto de los míos, perplejos, que eran otros.

Él fue el primer ausente de cuántos y de nadie,
la presencia, el no ser, la fatigada luz
del día, el que se nombra debajo de los árboles
de pronto, al olvidarnos que ya no sigue aquí
su soledad, su anécdota de buques por los aires
fantasmales, de acordes que alumbraron el sueño
de aquella vida nuestra. Le sea leve la tierra
que fecunda, su exilio sin fin de nuestras hojas.

LOS ARGONAUTAS

Han venido a cantar “Las golondrinas”.

Llegarán a Nogales en tres días.

A Chicago, tal vez, en dos semanas.

Tienen familia allá, del otro lado.

Son de Minatitlán o Villahermosa.

Otros, de El Salvador y Nicaragua.

Su imagen de Illinois es una estatua.

Un campo de maíz la de Chicago.

Conocen el desierto sólo en fotos.

Van a seguir las huellas del coyote.

No levanta la niebla en la otra orilla.

Gibraltar se distingue a duras penas.

Son del Magreb y el sur de Cabo Verde.

Van a echar al oleaje su fe ciega.

Cruzarán en silencio todos juntos.

NOCHEVIEJA

Miras arder lo que ha quedado
en pie del último sendero:
la luna llena de otro enero
sobre la piel de tu pasado,

un mar que olvidas y ha olvidado
en su esplendor tu verdadero
rostro, la luz que fue primero
verbo y temblor a tu costado

y que hoy dejas partir a solas,
detrás del fuego. Hacia el poniente
moja tu máscara un sol frío.

Ya en ti la noche alza sus olas
mansas. La oyes indiferente
abrir el fuego y tu vacío.

GENEALOGÍA

Se han marchado los hijos de la casa
igual que lo hice yo, y antes mi padre
y el padre de mi abuelo, el que perdura
en el polvo que impulsa nuestros huesos
hacia la incertidumbre y desde el miedo
a la desolación de las palabras:

naufragar, desamor, volver, vacío.

Se fueron ya. Tenían la sonrisa
envuelta en las bufandas y en los brazos
el olor de la casa que dejaban.

Nada será lo mismo con su ausencia
a la hora del pan frente a la música
o en la noche del fuego. Llega el alba
y con ella su sombra. La tristeza
sube la escalera de caracol
y acoda su mutismo en la baranda
para oír el primer canto del día
junto a mí, el que partió y no se ha ido.

DOY FE

Donde dice la noche debe leerse el día,
donde aparezca sombra deben estar tus manos;
en donde diga brisa, ciudad que me abandona;
donde dice relámpago, memoria o travesía;
donde se nombra el fuego puede escucharse música;
el mar agonizante donde aparezca el mar;
debe decir la isla si puse ahí tu cuerpo;
la dársena o deseo, cuando la niebla diga;
debe quedar desierto donde escribí desierto;
diluvio, adonde tierra; el tren, en vez del túnel;
donde dice la playa debe decir tu sexo,
prolongación del viaje contra la luz confusa;
donde escribí la muerte, debe decir la vida;
donde dije la vida, debe decir la muerte,
máscara bajo mis huesos, desesperanza,
canto sin flor, presente simultáneo, destino.

Impreso en agosto de 2014 por Coordinación Editorial Dolores Quintanilla.
Tiraje: 1000 ejemplares.

Procedencia de los poemas

Parque México, Alfama, *Sunset Drive Suite*, Negro Sol, TV PPV, *It's all in the game*, *Suhad*, Rosa náutica, Naturalezas vivas, Nuda veritas, S.T.T.L. y Genealogía, de *Mapa mudo* (2011). Nadie, Desierto adentro, Escorzo y Cuartos vacíos, de *Otras horas*. Entre paréntesis, Aquel ahora, Línea de flotación, Río arriba, Die kobalte engel y Los argonautas, de *Los Alebrijes* (2007). De Flor abierta, de *Cámara negra* (2005). Te quedaste, Los sonámbulos, Formas migratorias, materia del relámpago, El desastre, Polaroid, Pro nobis, Ishmar, Canción de febrero, Bolero del jardín de las delicias, Las flores del *mall*, Playa nudista, Algunos se despiden bajo un árbol, Cuando amanece, Ginebra, verano de 1986, El fotógrafo y la modelo y Doy fe, de *Jardines sumergidos* (2003). Los proscritos, El desastre, La otra rosa y Xochiquetzal, de La puerta giratoria (1998). Saint-Michel, de *Aguas territoriales* (1988).

I: UNO

Nadie · 3 · *Otras horas*
Te quedaste · 3 · *Otras horas*
Parque México · 3 · *Mapa mundo*
Los sonámbulos · 3 · *Otras horas*
Los proscritos · 3 · *Otras horas*
Entre paréntesis · 3 · *Los alebrijes*
Formas migratorias · 3 · *Otras horas*
Materia del relámpago · 3 · *Otras horas*
Alfama · 3 · *Mapa mundo*
El desastre · 3 · *Otras horas*
Sunset drive suite · 3 · *Mapa mundo*
Polaroid · 3 · *Otras horas*
Negro sol · 3 · *Otras horas*
Pro nobis · 3 · *Otras horas*
TV PPV · 3 · *Otras horas*

II: DOS

Saint-Michel · 3 · *Otras horas*
It's all in the game · 3 · *Otras horas*
Ishmar · 3 · *Otras horas*
De Flor abierta · 3 · *Otras horas*
Rosa náutica · 3 · *Mapa mundo*
Naturalezas vivas · 3 · *Mapa mundo*
Subad · 3 · *Otras horas*
Canción de febrero · 3 · *Otras horas*
Las flores del *mall* · 3 · *Otras horas*
Aquel ahora · 3 · *Los alebrijes, 2007*
Bolero del jardín de las delicias · 3 · *Otras horas*
La otra rosa · 3 · *Otras horas*
Nuda veritas · 3 · *Mapa mundo*
Playa nudista · 3 · *Otras horas*
Desierto adentro · 3 · *Otras horas*

III: TRES

Algunos se despiden bajo un árbol · 3 · *Otras horas*

Cuando amanece · 3 · *Otras horas*

Ginebra, verano de 1986) · 3 · *Otras horas*

Línea de flotación · 3 · *Otras horas*

Río arriba · 3 · *Otras horas*

Escorzo · 3 · *Otras horas*

Cuartos vacíos · 3 · *Otras horas*

Xochiquetzal · 3 · *Otras horas*

El fotógrafo y la modelo · 3 · *Otras horas*

Die Kobalt engel · 3 · *Los alebrijes, 2007*

S.T.T.L · 3 · *Mapa mundo*

Los argonautas · 3 · *Otras horas*

Noche vieja · 3 · *Otras horas*

Genealogía · 3 · *Mapa mundo*

Doy fe · 3 · *Otras horas*

